



## XXV

### La encerrona

CÓMO, no conoces á tu huésped?—exclamó Bielesky dirigiéndose á Marianka.

—Cómo le voy á conocer si nunca viene á casa,—contestó Marianka echando una mirada á Olenín.

Olenín azorado se enrojció y no sabiendo cómo excusarse balbuceó:

—Tengo miedo á tu madre. La primera vez que fui á vuestra casa me recibió con un torrente de injurias.

Marianka se echó á reír.

—Y has tenido miedo?—dijo mirándole atentamente y volviendo después la cabeza á otra parte.

Era la primera vez que Olenín veía bien el rostro de la joven, porque hasta entonces siempre la había visto cubierta hasta los ojos con su pañuelo.

No en vano se la tenía por la joven más bella de la *stanitza*.

Ustenka era bonita, rubia, fresca, de ojos pardos y alegres, sus labios rojos siempre dibujando una sonrisa, hablando sin cesar.

Marianka, al contrario, no era bonita, era bella. Los rasgos de su fisonomía hubieran podido parecer algo pronunciados y un tanto salientes á no ser por la esbeltez de su talle, su robusto seno, y principalmente por la expresión seria y dulce de sus ojos negros,

sombreados de oscuras y espesas cejas y la encantadora sonrisa de sus labios.

Era la síntesis de la fuerza y de la salud.

Todas las otras jóvenes eran encantadoras, pero ellas y Bielesky y hasta el servidor que había traído los postres, contemplaban á Marianka incesantemente. Al volverse hacia el grupo todas las miradas se dirigían á ella. Diríase que era una reina, rodeada de su corte, altiva y feliz.

Bielesky charlaba sin cesar y á fin de animar la fiesta obligaba á las muchachas á que le sirvieran vino, y con frecuencia dirigía en francés observaciones á Olenín para que le imitase, hablando de la belleza de Marianka, á quien apellidaba *la vôtre*.

Olenín, cada vez más, sentía en el alma un gran peso, deseando encontrar un pretexto para salir huyendo, cuando Bielesky declaró que Ustenka, para honrar la fiesta, debía ofrecerles vino y darles un beso.

La joven consintió en ello á condición de que le pusieran en una bandeja algunas monedas como se acostumbra en las bodas.

«El diablo me ha traído á mi aquí»,—pensó Olenín y se levantó para marcharse.

—Dónde váis?

—A comprar tabaco,—contestó con intención de huir. Pero Bielesky le detuvo.

—Tengo dinero,—le contestó en francés.

«Imposible marcharse, aquí es menester pagar, pensó Olenín arrepentido de su torpeza. No puedo hacer lo que Bielesky? Era mejor no haber venido, pero una vez que estoy aquí no debo amorar su alegría. Bebamos según la costumbre cosaca». Y tomando la *schaponsa*, especie de ponchera que puede hacer ocho copas, la llenó de vino y lo apuró casi todo. Las jóvenes contemplábanle beber con asombro, pareciéndoles extraño é inconveniente este proceder. Ustenka ofreció después vino á cada uno de los dos jóvenes y les besó.

—Ahora, á divertirnos,—dijo haciendo saltar sobre la bandeja las cuatro monedas que le habían echado.

Olenín, perdido su encogimiento, bromeaba con todas.

—Ahora te toca á tí, Marianka, ofrécenos vino y un beso,—dijo Bielesky cogiendo á la joven de la mano.

—Sí! Puedes aguardarlo,—dijo ella soltando la mano que la tenía cogida.

—Se puede besar al viejo, al *abuelo*, sin recibir por ello una sola moneda,—dijo una de las jóvenes.



—He aquí una chica con ingenio,—exclamó Bielecky abrazándola en tanto que ella se resistía forcejeando.—Sirvele á tu vecino,—insistió dirigiéndose á Marianka y tomándola nuevamente de la mano la hizo sentar en el banco al lado de Olenín.

—Qué hermosa es!...—exclamó volviéndole la cabeza de perfil. Marianka no se resistió, y sonriéndose orgullosamente dirigía sus miradas á Olenín.



—Hermosa muchacha!—repetía Bielecky.

«Soy muy hermosa!» parecía añadir la mirada de Marianka.

Olenín, sin darse cuenta de lo que hacía, rodeó la cintura de la joven con su brazo y quiso besarla. De pronto la muchacha se levantó, se deshizo de los brazos de Olenín, empujó á Bielecky,

cayó la mesa y se lanzó hacia la chimenea. Todos reían y alborotaban. Bielecky cuchicheó unos momentos con las muchachas y todos se lanzaron al vestíbulo cerrando la puerta del cuarto.

—Por qué has abrazado á Bielecky y á mí no?—preguntó Olenín.

—Porque no quiero, eso es todo,—dijo Marianka frunciendo las cejas.—El es el *abuelo*,—añadió sonriendo, y acercándose á la puerta comenzó á golpearla.

—Por qué diablos habéis cerrado la puerta?—gritó.

—Déjalos,—contestó Olenín—que se estén ahí, nosotros estaremos aquí.

De nuevo arrugó el entrecejo Marianka. Aparentó tan majestuosamente ofendida, que Olenín se avergonzó y aproximándose á la puerta se puso á llamar también.

—Bielecky! Abrid! Que broma tan torpe!

Marianka se echó á reír de nuevo alegremente.

—Tienes miedo de mí?—preguntó.

—Es que pareces tan mala como tu madre.

—Y tú prefieres entretenerte con Erochka, creyendo que con esto vas á hacer que te quieran las muchachas.

Y se sonrió mirándole muy de cerca y fijamente.

El no sabía qué decir.

—Y si viniera á tu casa?—dijo al fin.

—Entonces sería otra cosa,—repuso ella moviendo la cabeza.

En aquel momento, Bielecky abrió la puerta y Marianka, que estaba junto á Olenín le dió un fuerte empujón.

«Todo lo que he pensado sobre el amor, sobre el sacrificio y sobre Luka es una tontería; no hay nada como el placer». Todas estas ideas cruzaron por el cerebro de Olenín rápidamente. Y con fuerza hercúlea sujetó á Marianka y la besó en la sien y en la mejilla sin que ella opusiese resistencia, y riendo con su risa alegre se dispuso á reunirse con sus compañeras.

Así terminó la fiesta. La anciana madre de Ustenka volvió de su trabajo, regañó á las muchachas y las echó fuera.



## XXVI

## Los amores de Olenín

Si,—pensaba Olenín regresando á su casa—si doy rienda suelta á mi voluntad, llegaré á enamorarme de esta cosaca». Y se acostó con esta idea, diciéndose si le pasaría este capricho y volvería á su habitual existencia.

Esta no volvió. Sus relaciones con Marianka se modificaron, la distancia que los separaba se acortó. Cada vez que Olenín la encontraba, hablábale con apasionamiento.

El dueño de la casa recibía el dinero del alquiler satisfecho de la riqueza y generosidad de Olenín y le invitó á ir á su morada. La vieja le acogía con benevolencia, y desde ese día el joven solía pasar las tardes en la habitación de su casero, en la que permanecía hasta la noche. Le parecía que nada cambiaba en su vida, y sin embargo, su espíritu estaba transformado.

Pasaba el día en la selva hasta el atardecer, y con el crepúsculo volvía á la casa del propietario, bien solo, bien con Erochka.

Acostumbrados á verle, nadie se extrañaba de su presencia ni de que pagaba con largueza el vino, conduciéndose amablemente.

Vanucha le llevaba el té, que tomaba sentado en un rincón cerca de la chimenea.

La vieja se ocupaba de sus quehaceres domésticos; bebiendo

té ó vino y conversando de los cosacos y de los rusos, Olenín hablaba y ella preguntaba.

Marianka, acurrucada en el rincón más oscuro, sobre la estufa, como una cabra salvaje, no tomaba parte en la conversación.

Olenín, sin embargo, veía sus ojos, su rostro, siguiéndola en sus más insignificantes movimientos, sabiendo con certeza que ella le escuchaba atentamente mientras hablaba; y cuando al levantar los párpados tropezaba con su mirada de fuego, la contemplaba silenciosamente. Entonces ella se cubría la cara, y él, haciéndose el absorto por la charla de la vieja, atento á la respiración y á los ligeros movimientos de la joven esperaba anhelante que le mirara.

En presencia de otros, Marianka se mostraba con él complaciente y dulce, pero en cuanto estaban solos se volvía arisca y severa.

Algunas veces iba á la casa cuando la joven no había vuelto aun. Así oía sus pasos fuertes y por la puerta abierta la veía pasar con su camisa rosa ó azul. Entraba hasta el medio de la estancia con una sonrisa imperceptible y él quedaba contemplándola enloquecido y tembloroso.

El no pedía ni deseaba nada, pero la presencia de la bella cosaca íbasele haciendo indispensable.

Se había acostumbrado de tal modo á la vida de la *stanitza* que estaba completamente despreocupado del pasado y del porvenir, sobre todo del porvenir más allá del círculo en que actualmente vivía.

Cuando recibía cartas de sus padres ó amigos le parecía que le compadecían, considerándole como perdido, mientras que él consideraba á su vez perdidos á los que vivían de distinto modo.

Abrigaba la convicción de que no se arrepentiría jamás de haber entrado en aquella vida solitaria y tranquila. En sus campañas, en los servicios propios de su vida militar había sido dichoso; pero aquí, bajo la protección de Erochka, en la umbría de la selva, pensando en Marianka y Lukachka, veía claramente sus engañosas y pasadas ilusiones, encontrando su anterior vida aborrecible y ridícula.

Cada día se sentía más libre; el Cáucaso no se parecía ni remotamente á lo que él se imaginó ni á lo que pudo leer en las novelas.

Aquí no existían ni *bucka*, ni precipicios, ni Amalak-Bet, ni héroes, ni malhechores. «Los hombres,—pensaba—viven aquí como si sobre ellos gravitaran las leyes de la naturaleza: nacen y mueren, engendran, se matan, comen y beben sin otras condiciones que las impuestas por ésta al sol, á los animales y á las plantas.



No tienen ni conocen otra ley». He aquí porque á él le parecían estos hombres más enérgicos, fuertes y libres que los demás; comparándose con ellos sentía por sí mismo lástima y vergüenza.

Amenudo acudía á su mente la idea de borrar el pasado, de hacerse cosaco, de comprarse una cabaña, mucho ganado y casarse con una cosaca, pero no con Marianka, que cedía á Lukachka, viviendo con Erochka, yendo con él de pesca y caza y á las excursiones con los cosacos.

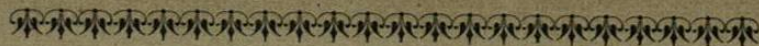
«Por qué, pues, no haría esto? Qué es lo que espero?»—se preguntaba; se alentaba á sí mismo y se reprochaba su debilidad de carácter.—«Tengo miedo de hacer lo que encuentro razonable y justo? Qué mal hay en ser simple cosaco, en vivir conforme á la naturaleza sin hacer mal á nadie, antes al contrario, bien á todos? No vale esto más que mis vanas ilusiones de ser ministro ó jefe de un regimiento?»

Pero una voz interior le decía que esperase, que todavía no debía decidirse.

Tenía el convencimiento vago de no poder vivir en absoluto como Erochka y Lukachka, que existía otra felicidad que él basaba en el sacrificio de sí mismo.

Se congratulaba cada vez más de lo que había hecho con Luka, y buscaba la ocasión de sacrificarse por los demás, pero ésta no se le presentaba.

Algunas veces olvidaba el medio de ser feliz y se juzgaba capaz de vivir como Erochka, pero luego se apasionaba firmemente en su idea de sacrificio voluntario y generoso y contemplaba tranquila y orgullosamente á los hombres y á la felicidad de los demás.



## XXVII

### La despedida de Lukachka

ANTES de la vendimia, Lukachka, montado gallardamente á caballo, vino un día á buscar á Olenín.

Este saliendo á su encuentro le preguntó alegremente:—Cuando te casas?

Lukachka no respondió á la pregunta.

—Al otro lado del río he cambiado el caballo. He aquí un verdadero caballo de Kabardin, marca *Lov* (1). Soy inteligente en la materia.

Examinaron el corcel y lo probaron en el corral. Era, en efecto, un hermoso ejemplar, de pura sangre, bayo y vigoroso, con pelo brillante, cola larga y rizada y la crin espesa y fina. Tan bien cuidado y tan gordo se hallaba, que según la frase de Lukachka, sobre su espalda podía uno dormir. Sus cascos, ojos y dentadura eran perfectos, como de pura raza. En todo el Cáucaso no se habría encontrado caballo tan hermoso y perfecto.

—Y cómo anda!—dijo Luka—qué trote! Es muy inteligente. A todas partes sigue fielmente á su dueño.

—Te han llevado mucha prima en el cambio?—preguntó Olenín.

—No lo sé,—respondió Luka.—Es un amigo el que me lo ha proporcionado.

(1) Marca muy estimada en el Cáucaso y donde se encuentran las mejores yeguas del país.



—Hermoso animal! Cuánto quieres por él?—exclamó Olenín.

—Me han ofrecido ciento cincuenta monedas; pero si vos lo queréis os lo daré de balde. Decid una sola palabra y es vuestro. Le quito la silla y... listos. A mí cualquiera me vale.

—Oh! No. No quiero.

—Bien! Entonces, tomad este puñal que os he traído,—dijo Lukachka desenganchando uno de los dos que llevaba pendientes del cinturón. Lo tomé en la otra parte del río.

—Gracias.

—Mi madre traerá las uvas que os prometí.

—Es inútil. Ajustaremos cuentas. No te daré dinero por el puñal.

—No faltaba más! Somos amigos. Guirei-Khan, el del otro lado del río, me llevó á su casa y me hizo escoger. Cogí este. Tal es la costumbre entre nosotros.

Y entraron en la cabaña donde bebieron vino.

—Te quedas aquí?—preguntó Olenín.

—No, he venido á deciros adiós, á despedirme. Me mandan al otro lado del Terek. Parto hoy mismo con mi compañero Nazarka.

—Y cuando será la boda?

—Volveré para los esponsales; después marcharé otra vez á mi servicio,—respondió Lukachka de mala gana.

—Y ni siquiera verás á tu prometida?

—No. Para qué? Cuando vayáis á la expedición, preguntad por Luka Aroki. Hay muchos jabalíes allá! He matado dos. Os llevaré buena caza.

—Bien. Adiós... Que Cristo vele por tí.

Lukachka montó á caballo y sin ver á Marianka salió caracolando á la calle, donde ya le esperaba Nazarka.

—Vamos?—preguntó éste, dirigiendo la vista hacia el lado donde vivía Iamka.

—Toma mi caballo,—respondió Luka,—llévalo allá. Si yo no voy pronto le darás pienso. De todas maneras, por la mañana estaré en la *sotnia*.

—Te ha regalado algo más el alferez?

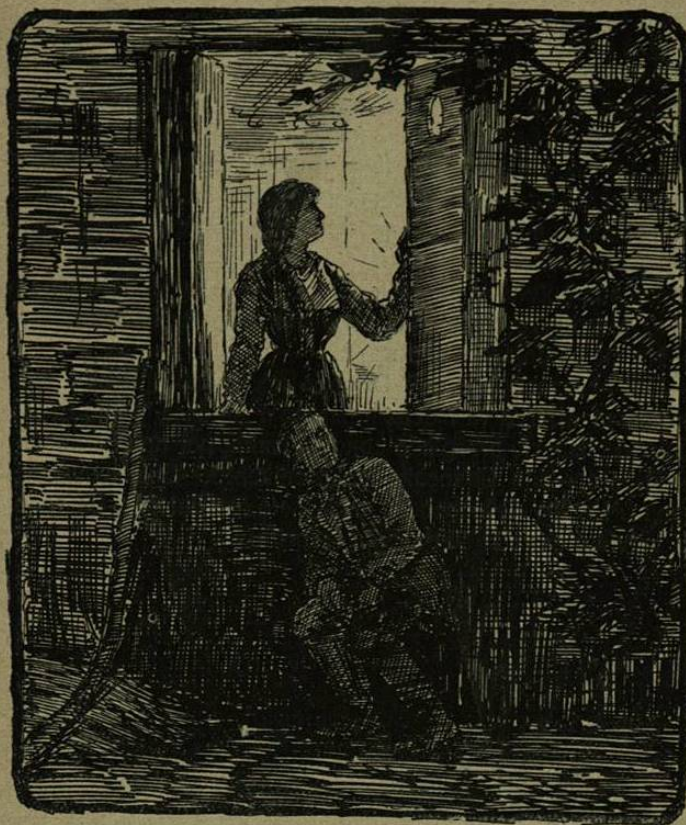
—No, y me alegro que hayamos saldado cuentas dándole el puñal; tenía capricho por el caballo,—añadió Lukachka apeándose y dando las riendas á su compañero.

Y deslizándose por debajo de la ventana misma de Olenín sin que nadie le viera, se aproximó á la ventana de sus huéspedes.

Estaba oscuro. Marianka, ya en camisa, recogíase el pelo y se disponía á acostarse.

—Soy yo,—murmuró el cosaco.

El rostro de Marianka, indiferente y severo, se animó al oír



la voz del cosaco. Abrió la ventana, y aunque un poco asustada se inclinó hacia fuera, mostrándose feliz.

—Qué hay?—preguntó.

—Abre la ventana y déjame entrar un momento,—dijo Luka, y asíendo la cabeza de la joven principió á besarla.

—Qué tonterías dices!... Te repito hoy que no te dejaré entrar. Te ausentas por mucho tiempo?



Pero él no contestaba y continuaba besándola. Ella se calló.

—Por la ventana no puedo abrazarte bien,—prosiguió Luka.

—Marianka,—gritó la vieja.—Con quién hablas?

Luka se encasquetó bien el gorro de piel para no ser conocido, agazapándose debajo de la ventana.

—Vete,—decíale en voz baja Marianka.—Es Lukachka,—respondió á su madre—que pregunta por mi padre.

—Que entre.

—Se ha marchado. Dice que no tenía tiempo.

En efecto. Lukachka se marchaba ya con paso rápido. Pasó por debajo de las ventanas y se encaminó á casa de Iamka. Olenín solamente le vió. Después de haber bebido, Lukachka y Nazarka dejaron la *stanitza*. La noche era oscura, serena y templada.

Marchaban en silencio. Sólo se oía el ruido que producían los cascos de los caballos.

Lukachka entonó la canción del cosaco Mingot, pero antes de concluir la primera copla se interrumpió y dijo á Nazarka.

—No me ha dejado entrar.

—Oh!—respondió éste.—De eso no dudaba. Iamka me ha dicho que el alférez va frecuentemente á su casa y que Erochka se alaba de haberle arreglado con Marianka, por una carabina.

—Miente!—dijo Lukachka coléricamente.—Esa muchacha es incapaz... Le voy á romper las costillas á ese demonio de viejo!

Y volvió á entonar su canción favorita.



## XXVIII.

### El viejo Erochka canta y baila

SE celebraban los desposorios. Lukachka había llegado á la *stanitza*, pero no visitó á Olenín y éste rehusó la invitación de asistir á los esponsales. Estaba triste como no lo había estado desde su llegada al Cáucaso. Por la tarde vió pasar á Lukachka vestido con traje de fiesta, como su madre. Entraron en casa del huésped. La frialdad de Luka le atormentaba.

Se encerró en su habitación y se puso á escribir en su diario.

«He reflexionado mucho y pensado estos últimos tiempos—escribía,—y he llegado otra vez al *a b c*. Para ser feliz es necesario amar, y amar sacrificándose; amar á todos y á todo; tender por todas partes la red del amor y coger todo lo que caiga. Así es como he prendido á Vanucha, al tío Erochka, á Lukachka y á Marianka».

Cuando terminaba de estampar estas líneas entró Erochka. Estaba de buen humor. Unos días antes Olenín le había hallado en el corral, cuchillo en mano haciendo trozos un jabalí. Parecía contento y orgulloso. Sus perros y entre ellos su favorito Liam, estaban echados cerca de él meneando la cola y contemplando lo que hacía. Algunos rapaces le miraban con respeto por encima de la cerca, sin burlarse como de ordinario. Sus vecinas le saludaban, trayéndole una, un jarro de vino; otra, leche cuajada ó harina. Al



día siguiente, Erochka, cubierto todavía de sangre, se instalaba en la despensa de su cabaña y allí cambiaba los trozos de jabalí por dinero ó por vino. Sobre su frente parecía estar escrito: Dios me ha dado buena suerte! He matado una pieza! Y tras esto se puso á beber y bebió durante cuatro días sin dejar la *stanitza*. En los desposorios de Marianka aún se embriagó más.

Así estaba cuando entró en casa de Olenín. Su cara aparecía roja, su barba en desorden, pero vestía un caftán nuevo, bordado y con galones y llevaba una *balalaika* (1), que había traído del otro lado del río. Esta diversión hacía tiempo que la tenía prometida á Olenín y ahora estaba de excelente humor, de broma. Al ver que escribía se apesadumbró.

—Escribe, escribe, *padre*,—dijo en voz baja, como si presintiese la presencia de un espíritu superior entre el joven y el papel y tuviese miedo de espantarlo. Se sentó en el suelo, sin hacer ruido. Cuando estaba así Erochka era su asiento favorito. Olenín se volvió hacia él, mandó traer vino y continuó escribiendo. Erochka se aburría de beber solo; quería hablar.

—He estado en los desposorios. Son todos unos brutos. Por eso no quiero estar allí y vengo á tu casa.

—De dónde has sacado esa *balalaika*?—preguntó Olenín sin dejar la escritura.

—Estuve al otro lado del río, *padre*, y me la encontré allá abajo,—dijo en voz baja siempre.—He pasado por tocar bien la *balalaika*; si quieres cantaré una canción tártara ó cosaca, de señor ó de soldado...

Olenín se volvió sonriendo y luego continuó su trabajo.

Esta sonrisa alentó al viejo.

—Deja eso, *padre*,—dijo resueltamente.—Te han ofendido? A qué conduce garrapatear?

Y se puso á consolar á Olenín, arrastrando por tierra sus dedos toscos y gesticulando con su fisonomía ruda.

—Para qué sirven esos papeles? Diviértete, ten ánimo!...

Su imaginación no podía concebir que pudiese escribirse con otro objeto que el de calumniar.

Olenín se echó á reír y lo mismo Erochka. Este se incorporó é hizo alarde de su talento en la *balalaika* principiando á cantar aires tártaros.

—Para qué escribir? Escucha lo que voy á cantarte. Cuando te entierren no oirás más canciones. Diviértete ahora...

(1) Instrumento musical de cuerdas.

Y principió cantando una romanza de su composición.

Ah! dí, dí, dí, dí, dí, dí.  
Dónde la habéis visto?  
En el bazar, en la tienda,  
Donde se venden alfileres.

Después siguió una canción que le enseñara un antiguo sargento.

El lunes me enamoré.  
Todo el martes yo sufrí,  
miércoles me declaré,  
jueves respuesta esperé  
y el viernes la recibí.  
Sin consuelo ni esperanza  
ya el sábado, el santo día,  
quise quitarme la vida,  
mas para salvar mi alma  
lo dejé para el Domingo.

Y continuaba con el «Ah! dí, dí, dí, dí, dí, dí, Dónde la habéis visto?» etc. Guiñando los ojos y encogiendo los hombros el viejo cantaba y bailaba desafortadamente.

Yo te abrazaré, yo te besaré  
y una cinta encarnada  
te compraré.  
Te llamaré mi esperanza,  
bien de mi vida,  
y seguro de tu amor  
me serás querida.

Y de tal modo bailaba que brincaba por toda la habitación. Cantaba por complacer á Olenín, según él decía. Solamente después de beber la tercera copa de vino entonó la verdadera canción cosaca. Pero, en medio de una de sus coplas favoritas, su voz tembló, mientras los dedos continuaban haciendo vibrar las cuerdas de la *balalaika*.

—Ah! Amigo mío!...—exclamó.

Olenín se volvió impresionado por la inflexión de su voz. Dos lágrimas se deslizaban por las mejillas del viejo.



—Los tiempos felices pasaron y no volverán,—dijo sollozando.  
—Bebe, por qué no bebas?—gritó de pronto con voz ronca y sin secarse las lágrimas.

Lo que más le emocionó fué una canción tcherkessa. Era corta y lo más bonito era el estribillo: «Ay! dai, dalalai». Erochka tradujo así la letra:

Un joven thetchenze conducía el ganado á la montaña.  
Los rusos llegaron, extrangularon á los hombres y se llevaron cautivas á las mujeres.  
El thetchenze regresó al pueblo y lo halló desierto...  
No quedaba ni una casa, ni un árbol, ni su hermano, ni su madre.  
Se sentó en el suelo y lloró. Solo he quedado! Ay! dai! dalalai!

Y el viejo repetía este estribillo melancólico; de repente, cogió el fusil que estaba colgado en la pared y corriendo fuera de la cabaña descargó dos tiros al aire. Después, con acento todavía más triste repitió: Ay! dai! dalalai!... Por último se calló.

Olenín, que le había seguido fuera, miró hacia donde hizo los disparos, pero vió solamente el oscuro cielo cubierto de estrellas.

La cabaña del cosaco estaba iluminada y se oían voces dentro. Las jóvenes estaban reunidas en el patio, junto á las ventanas y corrían de la cocina al vestíbulo. Algunos cosacos salieron de ésta cuando oyeron los tiros, respondiendo con gritos al último estribillo de Erochka.

—Por qué no estás en los desposorios?—preguntó Olenín.

—Que Dios les guarde y bendiga,—contestó el viejo con voz que daba á entender que había sido en algo ofendido.—No me gusta. He aquí lo que son las personas. Vamos á la cabaña... Que se diviertan, nosotros haremos lo mismo.

Olenín entró en la cabaña.

—Lukachka está contento? No vendrá á visitarme?

—Cah! Lukachka ha sido engañado. Le han dicho que yo te enredaba con la muchacha,—respondió en voz baja el viejo.—Pero, cuando queramos, la muchacha será nuestra. No escatimes el dinero, que yo te lo arreglaré.

—No, el dinero nada vale, si no me quiere. Mejor será no hablar de ella.

—Ah! No se nos quiere aquí; tú y yo somos dos pobres huérfanos,—dijo Erochka y de nuevo se puso á llorar.

Olenín bebió más que de costumbre y escuchando los cantares

del viejo pensaba: «He aquí á mi Luka dichoso y feliz». Pero, aún esforzándose en pensar así, sentíase abatido.

El viejo cosaco concluyó por emborracharse de tal modo que cayó como muerto al suelo. Vanucha tuvo que llamar á los soldados para sacarlo fuera. Estaba tan furioso por el proceder del viejo y de su mala conducta, que no pudo pronunciar en esta ocasión ni una palabra en francés.